

Comentarios Generales

Hechos 2, 14. 36-41:

La Resurrección de Jesús es el momento culminante de la Obra Salvífica. San Pedro en esta segunda parte de su primer Discurso expone el valor que este hecho tiene para Jesús y para nosotros:

— Para Jesús es la máxima y eterna exaltación. Exaltación suprema ante el Padre: «Siéntate a mi diestra» (34). Sólo quien posee la naturaleza divina puede ponerse a par con Dios. Y también es la suprema exaltación de Jesús ante los hombres: «Reconozca, por tanto, sin titubeo la Casa de Israel que este Jesús que vosotros crucificasteis lo constituyó Dios Mesías y Señor» (35). Es decir, la Resurrección sella a Jesús como Mesías de Israel y testifica a favor de la divinidad y de la condición trascendente que tiene la Persona y la Obra de Jesús de Nazaret.

— Para nosotros la Resurrección de Cristo es el momento en que queda cumplida nuestra Redención y Salvación. Con el perdón de los pecados (38) recibimos el Espíritu Santo prometido (39).

— San Pedro dice a su auditorio qué deben hacer para gozar tan preciosas riquezas: «Convertíos y recibid el Bautismo en nombre de Jesucristo» (37). A todos, pues, se exige conversión y fe en Jesús-Mesías. El camino de la Salvación queda abierto por igual a todos los hombres, sean judíos o gentiles; sólo se les pide que con fe viva, cordial y operante se inserten en Cristo Jesús. La palabra de Pedro es tan eficaz que tres mil de sus oyentes piden el Bautismo y fundan la primera Comunidad Cristiana. Es la primera célula de esta Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica que, nutrida de Espíritu Santo, se irá vigorizando y multiplicando sin cesar (Act 2, 47; 4, 45; 5, 14; 6, 1; 9, 31; 11, 21; 16, 5) hasta formar el Cuerpo Místico perfecto que corresponde a la perfección y belleza del Resucitado que es Cabeza de este Cuerpo: *Quia vetustate destructa, renovantur, universa dejecta, et vitae nobis in Cristo reparatur integritas* (Praef.).

1 Pedro 2, 20-25:

San Pedro, a la luz de la profecía del «Siervo de Yahvé» cumplida perfectamente en Jesús, ilumina a nuestros ojos las exigencias de nuestro Bautismo frente al dolor y la persecución:

— La Pasión de Jesucristo encierra para nosotros un valor inagotable: Valor Expiatorio: «El subió a la Cruz cargado con nuestros pecados; con sus heridas hemos sido curados» (24); Valor Redentor: «Erais ovejas descarriadas. Ahora habéis retornado al Pastor» (25); Valor Ejemplarizante: «Cristo padeció por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas» (21).

— Otro misterio que nos ilumina la Pasión de Cristo es el de nuestra vocación a seguirle en su inmolación: «Porque a esto habéis sido llamados» (21). En el Evangelio son reiteradas estas consignas que presenta Jesús a los suyos: «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y acompáñeme» (Mc 8, 34). Si nuestro Rey es Jesucristo Crucificado resulta muy lógico que toda vocación cristiana sea al propio tiempo vocación a la Cruz: *Ipse nos tibi perficiat munus aeternum... In Cristo hostia viva perficiantur* (Prex Euc IV).

— Mucho nos consolará en nuestro sufrir recordar, como aquí Pedro nos lo insinúa, que también nuestro dolor cuando sufrimos con Cristo tiene valor expiatorio, redentor y ejemplarizante (20). Es lo que Pablo llama: «Completar la Pasión de Cristo» (Col 1, 24).

Y es lo que en el Concilio se nos recuerda para nuestro consuelo y para estímulo de nuestra generosidad: «Sepan también que están unidos de una manera especial con Cristo en sus dolores por la salvación del mundo todos los que se ven oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos o padecen persecución por la justicia» (L. G. 41). San Pedro, que tiene muy bien aprendida la lección del Maestro, nos la traduce así: «Si siendo inocentes sufrís y toleráis persecución, esto os hace gratos a los ojos de Dios» (20; 5, 10).

Juan 10, 1-10:

La parábola del Buen Pastor es tan bella como transparente. Y caló tan hondo en las primeras Comunidades que la más antigua iconografía nos representa a Cristo «Buen Pastor» que lleva sobre los hombros una de sus ovejas:

— «Buen Pastor» porque su autoridad no es tiranía, sino servicio y sacrificio, amor y entrega. El Pastor único y legítimo enviado del Padre. El Pastor que conoce, ama y pastorea, sirve y cuida, defiende y educa tanto a la grey en general como a cada una de las ovejas individualmente. Quiere establecer una relación de afecto filial con cada uno de nosotros: «La bondad de Jesús se evidencia aquí de forma sublime: Buen Pastor. Una imagen sencilla, expresiva, atractiva. Él consagra a su grey, a cada uno de nosotros, el amor más grande, el que da la vida» (Paulo VI: 25-IV-1966).

— Esta parábola define también el carácter comunitario de la Iglesia: «La Iglesia es un redil cuya única y obligada Puerta es Cristo. Es también una grey cuyas ovejas, aunque parezcan conducidas y guiadas por pastores humanos, son guiadas y nutridas constantemente por el mismo Cristo, Buen Pastor y Jefe rabadán de pastores» (L. G. 6).

— Nosotros, ovejas buenas del Buen Pastor, le conocemos, le atendemos, le amamos, le seguimos, le guardamos fidelidad. Cooperamos con El para que forme un solo redil: el único redil del «Buen Pastor», del único Pastor. Toda enemistad y aun el desamor entre cristianos son una ofensa, un pecado contra Cristo, Pastor Bueno y Único de todas las ovejas. Fusionados por la Eucaristía con el Pastor pidamos: *Ut qui Corpore et Sanguine (ejus) reficimur, Spiritu Sancto repleti, unum corpus et unus spiritus inveniamur in*

Cristo (Prex Euc III).

— El Buen Pastor se contrapone: al ladrón (1-2); al pastor asalariado (3-5). Este pastorea sólo por la paga. Jesús, pues, se contrapone a los falsos Mesías, y a tantos dirigentes indignos y egoístas.

Jesús se autodefine: «Buen Pastor» y «Puerta del aprisco» (v 9). Sólo a través de Cristo, es decir, sólo enviados por él e investidos de la autoridad de él, entran y salen los pastores legítimos. Quien pretende invadir el aprisco sin ser enviado por Cristo es ladrón y lobo devastador. Asimismo es la Puerta para todas las ovejas; es a través de Cristo como éstas hallan pastos de vida: libertad y salvación. Es por Cristo, sólo por él, que tenemos acceso al Padre y entrada en el cielo:

«Concedéndonos, Señor, darte gracias siempre por estos misterios pascuales, para que esta actualización repetida de nuestra redención sea para nosotros fuente de gozo incesante» (Dom 4.º Pascua-Orac. sobre las ofrendas)..

(José Ma. Solé Roma, O. M. F., Ministro de la palabra, ciclo A, Ed. Herder, Barcelona 1979, pags 117-120)